

Antenas

## El regreso de las series

Carlos Ulanovsky/II

28/v/81

Cada tanto sucede este fenómeno: las carteleras comienzan a desbordar de material fílmico. Este es uno de esos momentos. El momento ideal para que alguno de esos especialistas en detectar lesiones en el tejido social se pusiera a investigar si los sentimientos nacionalistas del pueblo se han demeritado por el exceso de series.

Pero no siempre las causas de ciertos fenómenos televisivos se explican con la sociología. Los ejecutivos de los canales, que prácticamente desconocen la sociología, saben mucho de economía. Y en general las series, además de venir hechas y de amortizarse a lo largo del tiempo mediante numerosas repeticiones, suelen ser más baratas que un programa nacional de producción similar. Otras explicaciones tienen que ver con el gusto de la gente. Se sabe que en ciertos sectores, se considera más prestigioso admitir que se ve una serie extranjera por TV antes que un programa local. Sentimiento pudoroso o retracción que con suma frecuencia es provocada por la propia programación local, menos eficaz en imaginación, emotividad y acción. En estos casos una serie puede sacudir la pasividad de un espectador y obtener respuestas en términos de público.

De la mano de algunos de estos presupuestos han vuelto las series. Como *Baretta*. Su protagonista es un italo-estadunidense, un policía pequeño con el aspecto que más de moda está en la actualidad: el de antihéroe. Prohibida, total o temporalmente en otros países, *Baretta* es un personaje de una violencia superlativa. En este aspecto, *Baretta* representa a esa clase de detectives de ficción — copia de la realidad, desde luego — para quienes la ley no es sino un mero artilugio a sortear y a ignorar. Para llegar a dilucidar cualquier asunto, *Baretta* — siempre fastidiado por la burocracia de la institución — jamás vacila en ensuciar, complicar, llevar a cabo la maniobra ilegal que necesite y matar a su mamá si es que eso resultara útil a sus fines. Pero, afortunadamente, cada capítulo

le da oportunidad de mostrar algo de su aspecto humano.

De una travesía marina encima del Pacífico Princess (algo con México debe tener que ver ya que por allí se muestran algunos mariachis y sombreros charros) todos salen con la vida solucionada. *El crucero del amor* habla de un aspecto de la vida estadounidense y de su gente: *tritutados* por el aburrimiento y la rutina, necesitan cada tanto sentir que se estimulan con estrambóticas aventuras. Con años de experiencia en lo que le gusta a la gente, los productores de este programa — al igual que los de *La isla de la fantasía* — reunieron una serie de paradigmas y estereotipos y los metieron en una computadora para que ésta decidiera, en última instancia, cuál debería ser la fórmula argumental sin fallas. La opinión de la máquina es lo que se ve: historias mezcladas que progresan a lo largo de tramos muy breves y rematan en finales amables en los que no faltan la confusión, la reflexión pretenciosa, el disparate que trata de parecer absurdo, y la risa franca. Con gestos calculadísimos, los actores compiten sin sacarse ventajas en un torneo de obviedades. Peor para ellos: no se dan cuenta de que el día menos pensado serán remplazados por muñecos mecánicos o por robots.

La mayoría de las series del 13 son de origen europeo. Acaba de terminar una española los domingos. Los viernes envía *Misterio en su casa*, de origen inglés. En estas semanas culminó la francesa *Un juez, un policía*. De este mismo origen es *El diario*, una estupenda reconstrucción del ambiente de un rotativo y de la vida de un periodista, que todavía cree en las posibilidades de su oficio. Sin embargo, a pesar de estar realizada con rigor y evidente cuidado artístico, nuestro espectador está más acostumbrado al ritmo vertiginoso de la producción estadounidense que el más reflexivo y lento de la producción europea.